

ISBN 978-950-33-1731-0

María Gabriela Fissore
Francisco Elías Moreno
Barbara Paez Sueldo
Martina Schilling
(Eds.)

Filosofía de las Ciencias

por Jóvenes Investigadores



Filosofía de la Ciencia por Jóvenes Investigadores vol. 3

María Gabriela Fissore
Francisco Elías Moreno
Barbara Paez Sueldo
Martina Schilling
(Eds.)

Colecciones
del CIFYH 

Filosofía de la ciencia por jóvenes investigadores / Julián Arriaga... [et al.]; editado por Fissore María Gabriela... [et al.]. - 1a ed - Córdoba: Universidad Nacional de Córdoba. Facultad de Filosofía y Humanidades, 2023.

Libro digital, PDF

Archivo Digital: descarga y online

ISBN 978-950-33-1731-0

1. Filosofía de la Ciencia. I. Arriaga, Julián II. María Gabriela, Fissore, ed.

CDD 501

Publicado por

Área de Publicaciones de la Facultad de Filosofía y Humanidades - UNC

Córdoba - Argentina

1º Edición



Área de

Publicaciones

Diseño de portadas: Manuel Coll y María Bella

Diagramación: María Bella

2023



Esta obra está bajo una Licencia Creative Commons

Atribución-NoComercial-SinDerivadas 4.0 Internacional.



Capacidades observacionales y cognición

Eugenio Mié Battán*

William P. Alston en Sellars and “the myth of the given” (2002) sostiene que nuestra conciencia directa de particulares suscitados a través de procesos perceptuales normales puede proveer una base para la justificación de creencias sobre esos particulares. Wilfrid Sellars en *Empiricism and Philosophy of Mind* (1956/1997), en adelante EPM, rechaza la posibilidad de que nuestra mera conciencia inmediata de una clase privilegiada de particulares constituya conocimiento alguno. Sellars analiza los usos lingüísticos de los discursos de apariencia con la intención de mostrar que cuando decimos que algo nos parece rojo, no estamos reportando un hecho básico e inanalizable que es el fundamento para toda la estructura del conocimiento empírico. Por el contrario, considera que nos incorporamos en una práctica mediante la cual describimos un contenido experiencial sin respaldar su contenido objetivo; es decir, en los discursos de apariencia rechazamos el compromiso semántico involucrado en juicios, reportes y creencias.

La primera y segunda sección del trabajo están destinadas a recuperar los argumentos involucrados en cada una de estas posiciones. La tercera sección presenta una lectura de EPM que Brandom lleva adelante en su libro *From Empiricism to Expressivism* (2015), para clarificar el rol de las impresiones sensibles dadas a la conciencia. Este autor establece que dotamos de valor semántico a nuestros reportes a través de la vinculación conceptual de nuestras capacidades observacionales y de las prácticas lingüísticas que intervienen en la formación de discursos.

En la cuarta sección se retoma la discusión por el estatus epistémico de las apariencias, haciendo explícitos los intentos de Alston (2002) por corregir el análisis sellarsiano, como medio para restituir a los discursos de apariencia su autonomía y su valor epistémico. Para Alston (2002), el análisis de Sellars (1956/1997) de los discursos de apariencia no da cuenta del carácter fundamental de la experiencia: saber qué es que algo se vea de

* CIFFyH (UNC)

Mail de contacto: eugeniomiebattan98@gmail.com

tal y cual forma. Alston sostiene que este elemento cualitativo intrínseco de las apariencias es esencial y característico de nuestra percepción. Más aún, es a partir de esta distintividad cualitativa que su teoría propone a los discursos de apariencia como fuentes del conocimiento observacional. De esta forma, Alston pretende mostrar que su versión débil de la teoría de las apariencias supera las críticas de Sellars.

En la última sección se desarrolla una objeción que señala que la forma por la que llegamos a identificar la distinción cualitativa de Alston implica dar un salto a la inferencialidad. La retórica del salto a la inferencialidad busca exponer cómo precisamos de conceptos, o de conceptualización, para acceder a la distinción cualitativa de nuestras impresiones inmediatas. Sin la aplicación de los conceptos relevantes estas meras impresiones serán cognitiva u epistémicamente superfluas. Se busca concluir que, tal como está planteada, la teoría de las apariencias que Alston propone no supera el mito de lo dado.

Una versión débil de la teoría de las apariencias

Alston (2002) defiende una versión de lo dado que sostiene que, ante la experiencia sensorial, hay entidades dadas a la conciencia cuyas cualidades captamos sensorialmente. De este modo, la percepción sensorial de dichas entidades se da en relaciones de apariencias que involucran a las apariencias como particulares. Para Alston, las apariencias que se nos presentan de manera directa a la conciencia constituyen la base del conocimiento no inferencial acerca de estos particulares. Tenemos conciencia inmediata de las apariencias de los objetos que percibimos y, por ello, estas relaciones son no conceptuales.

A la luz de las críticas al mito de lo dado elaboradas en EPM, Alston (2002) defiende lo que denominaré una versión débil de la teoría de las apariencias. Ahora bien, cabe preguntarse en qué sentido es débil esta postura. En primer lugar, Alston considera que hay un aspecto cognitivo en la experiencia humana que es preconceptual o no-inferencial, pero asimismo reconoce que la experiencia humana adulta, como un todo, está cargada de teoría. En segundo lugar, Alston rechaza la idea de que hay conciencia inmediata de hechos: para él no hay conocimiento no conceptual de cosas siendo de tal y cual manera. Además, niega que sólo por tener estas relaciones de apariencia tengamos conocimiento de hechos (pode-

mos, por ejemplo, estar alucinando). Esto implica que los reportes basados en estas relaciones de apariencia no son infalibles. En cambio, defiende que las relaciones de apariencia y sus reportes constituyen la fuente o guía para el conocimiento de objetos externos.

Los discursos de apariencia frente al “mito de lo dado”

La tesis fundamental en *Sellars vs the Myth of the Given* (Alston, 2002) es que tenemos conciencia directa de particulares, y que esta conciencia directa constituye un tipo de cognición no-conceptual, no proposicional. Más aún, Alston sostiene que nuestra conciencia directa de particulares en la percepción provee una base para las creencias que versan sobre esos particulares, es decir, que las relaciones de apariencia pueden cumplir un rol justificatorio o garantizar las creencias sobre particulares dados a la percepción.

Nuestra conciencia directa de Xs, y pienso aquí principalmente en la percepción, provee una base (justificación, garantía...) para las creencias sobre esos Xs. Y esto plantea una confrontación directa con los intereses epistemológicos de Sellars en el “mito de lo dado”. (Alston, 2002, II)

Sellars, a través del “mito de lo dado”, rechaza esto. El mito de lo dado confronta toda estructura epistemológica de ítems que, constituyendo una clase o categoría especial, pretenden explicar toda posibilidad de conocimiento empírico sobre la idea de que este último descansa en un conocimiento no-inferencial o directo de cuestiones de hecho. Para Sellars (1956/1997) la teoría de las apariencias postula la existencia de una clase de entidades dadas a la experiencia sensorial (las relaciones de apariencia) que se caracterizan por ser últimas e inanalizables. De este modo, pretenden fundar el conocimiento empírico.

Sellars (1956/1997) argumenta que no se ha comprendido la naturaleza de las apariencias, lo cual se refleja en los discursos de apariencia (*looks talk*). Los proponentes de esta teoría han sostenido que hechos de la forma “X le parece phi a S” son últimos e inanalizables. Para él, es fundamental notar que al describir nuestra experiencia —el sentido de rojo por el cual decimos que algo se ve o parece rojo— es el mismo sentido por el cual decimos que algo es rojo. Sellars defiende que *ser-phi* o *ser-rojo*, en este

caso, es una noción lógica (conceptualmente) anterior o más simple que *verse-phi* o *parecer-rojo*.

Para este autor la noción involucrada en los usos de *looks talk* es parasitaria de la noción *ser-phi*. El desafío que la teoría de las apariencias nos presenta deriva del hecho de que solemos equiparar la oración “X es *phi*” a la oración “X se vería o parecería *phi* para un observador normal en circunstancias normales”. Caemos en la tentación de definir *phi* por medio de la experiencia de su aparición. Sin embargo, Sellars niega que oraciones de la forma “X le parece *phi* a S” expresen relación alguna. Para demostrar esto, Sellars (1956/1997) analiza los usos lingüísticos de tal noción. Su análisis tiene por objetivo establecer que oraciones de la forma “Esto (X) es *phi*” no sólo intentan describir un hecho, sino que caracterizan la experiencia del sujeto aplicando el concepto semántico de verdad a esa experiencia. Su formulación expresa un compromiso con el contenido que es objeto de la descripción. Sólo posteriormente llegamos a ser capaces de formar oraciones como “esto (X) parece *phi*” como instancias de rechazo u omisión del compromiso antes involucrado en la caracterización. En los discursos de apariencia retraemos la aplicación del concepto semántico de verdad. Hay una retracción consciente del sujeto percipiente respecto de sus capacidades para situar inferencialmente su expresión. Si hay algún sentido en el que podríamos sostener que las expresiones del tipo “esto (X) parece *phi*” reportan algo, es en tanto describen de manera mínima hechos de la experiencia de un sujeto. Lo hacen trazando una comparación: reporto o describo que “esta experiencia ahora de que X me parece *phi*” es como tener una experiencia en la cual X es verdaderamente *phi*. En cuanto ambas son experiencias, podemos sentir la tentación de equipararlas, pero, como candidatos al conocimiento, los usos de *looks-talk* no son equivalentes a los reportes que caracterizan y sitúan nuestra experiencia inferencialmente. Por esta razón, los discursos de apariencia carecen del rol cognitivo necesario para constituir conocimiento alguno de hechos.

Por el contrario, Alston (2002) sostiene que, en los procesos perceptivos normales, las relaciones de apariencia están dadas a nuestra conciencia antes de que podamos tratar conceptualmente con ellas. Así, invierte el orden lógico propuesto por Sellars, y asevera que hay un aspecto no conceptual en la percepción, esencial y característico de la misma. El carácter fenomenal intrínseco contenido en las apariencias puede ser la guía para la justificación de creencias sobre los particulares involucrados en los

procesos perceptivos. Alston considera que para afirmaciones de la forma “X le parece phi a S” basta que el sujeto involucrado tenga la capacidad de discriminar visual o sensorialmente Xs —particulares relevantes en su contexto.

Sellars según Brandom: aspectos pragmatistas e inferencialistas en la explicación de capacidades observacionales

Brandom (2015) se pregunta qué entiende Sellars por nuestra habilidad para hacer reportes no inferenciales y formar juicios perceptuales respecto de hechos o estados de cosas perceptibles. Su respuesta consiste en afirmar que Sellars piensa nuestras capacidades observacionales como producto de la colaboración de dos habilidades distintas: nuestra habilidad para responder de manera diferencial a distintos estímulos en el ambiente y nuestra habilidad para tomar una posición en el espacio lógico de las razones.

La primera de las habilidades mencionadas, nuestra disposición a responder de manera confiable y diferencial a estímulos en el ambiente, es una que compartimos con seres sintientes y artefactos sensibles: una barra de hierro se herrumbra como respuesta a estímulos climáticos, un loro está entrenado para exclamar “pelota roja” cuando se le muestra una pelota roja. Esta habilidad es equiparable a la capacidad de discriminación sensorial de particulares que Alston (2002) sostiene como único requisito para la formulación de reportes de apariencias. Pero, puesto que no estamos dispuestos a asignar conocimientos a una barra de hierro o a un loro, debemos identificar qué distingue a un observador genuino —un candidato para el conocimiento de hechos—, de un mero organismo o artefacto sintiente. Para Sellars (1956/1997), los humanos, como observadores genuinos, nos distinguimos porque clasificamos estímulos aplicándoles conceptos. Ahora bien, ¿qué significa aplicar conceptos para el autor? Para Sellars significa dominar el uso de una palabra, esto es, dominar las conexiones inferenciales que se siguen de nuestra expresión y de las que se sigue nuestra expresión. Es poder situarlas en la forma de premisas o conclusiones en inferencias, poder darles un rol en el juego de dar y pedir razones.

Brandom (2015) nota que, en EPM, para que nuestras ejecuciones cuenten como afirmaciones y como expresiones de creencias o juicios, es necesario que se encuentren en la dimensión del compromiso. Tal com-

promiso representa la adopción de una actitud normativa y el reconocimiento de que ese compromiso es cognitivo. Es decir, implica poder articular inferencialmente el contenido proposicional de manera tal que pueda formar parte de un razonamiento como premisa o conclusión. Que pueda formar parte de un razonamiento como conclusión es que constituya evidencia para la instanciación de otros juicios y creencias. Y para que algo cuente como evidencia, un reporte, por ejemplo, ese algo debe estar conceptualizado, inferencialmente articulado. Por ende, los ejemplares no-inferenciales, que Alston (2002) propone en su propio análisis de looks-talk, no pueden constituir evidencia. Tales locuciones, por y en sí mismas, carecen de significancia pragmática y cognitiva.

Es válido decir que los juicios perceptuales son no inferenciales en tanto los particulares —los ejemplares— son suscitados o elicitados no inferencialmente. Surgen del ejercicio de nuestra disposición a responder a estados de cosas perceptibles de manera confiable y diferencial. Pero esta es también una práctica lingüística en la que somos entrenados —se sugiere que por ostensión y hábito—, y los aprendices tienen la tarea de llegar a dominar las conexiones inferenciales adecuadas que están involucradas en el ejercicio de nuestras disposiciones. De acuerdo con lo anterior, la experiencia sensorial no podrá ser el fundamento para la adquisición de conceptos puesto que presupone nuestra habilidad para aplicarlos. Para Brandom (2015) el rol expresivo de los conceptos observacionales —en la forma de reportes, afirmaciones, creencias o juicios— descansa en su posibilidad de formar parte de inferencias. Los conceptos observacionales no constituyen un juego autónomo del lenguaje, sino que dependen de otros juegos y conceptos.

Siguiendo la lectura pragmatista que Brandom (2015) propone, decir que ser-rojo es anterior a parecer-rojo equivale a decir que el segundo término se define en función del primero. Esto implica que debemos tener la habilidad práctica para usar el concepto definido por ser-rojo antes que el de parecer-rojo. Usar la expresión parecer-phi es hacer dos cosas: ejecutar nuestra disposición a responder ante estímulos a la vez que rechazamos el compromiso hacia el contenido fáctico, cognitivamente relevante de esa expresión. Los discursos de apariencia no conforman un tipo distinto de reporte —que da lugar a la tentación cartesiana de encontrar un ítem o tipo de ítem experiencial mínimo, indubitable e inmediato—, sino en

cambio una práctica del lenguaje que exhibe nuestra disposición a llamar phi a X por comparación.

Apariencias, práctica y semántica

Denunciando fallas en el análisis de los discursos de apariencias en EPM, Alston (2002) conduce su propio análisis de los usos de looks-talk. Alston considera que Sellars no reconoce la diversidad y pluralidad de conceptos observacionales involucrados en looks-talk, y plantea un esquema que distingue entre conceptos observacionales que expresan el sentido de los reportes de apariencia de manera directa o fenomenal, y conceptos observacionales que expresan este sentido de manera indirecta o relacional. El concepto fenomenal es equiparado por Alston con la distinción cualitativa de una apariencia, el carácter intrínseco bajo el cual se presenta a un sujeto.

Dentro de los conceptos observacionales indirectos o relacionales tenemos los sentidos epistémicos, doxásticos y comparativos. El comparativo, donde X le parece rojo a S, expresa que X le parece rojo a S de la misma forma (cualitativa) en que las cosas normalmente parecen rojas. El concepto doxástico hace que “X le parece rojo a S” signifique que, ante tal apariencia, y sin la presencia de circunstancias que puedan indicar lo contrario, S es llevado a creer que X es rojo. Por último, el concepto epistémico en el que “X parece rojo” significa que, a S, X le parece rojo de una manera tal que lo justifica, *prima facie*, a tomar X como siendo rojo. Los conceptos relacionales del esquema —comparativo, doxástico y epistémico— tienen en común que expresan el sentido cualitativo de esa misma apariencia identificándola de manera indirecta, es decir, en relación con algo más. Esto mismo lo hace el concepto fenomenal de manera directa.

La crítica señala que Sellars (1956/1997), al analizar los discursos de apariencia, no da cuenta del carácter fenomenal de las apariciones, y por lo tanto no explica una parte fundamental de nuestra experiencia. En concreto, no explica qué es para un sujeto que un objeto se vea verde o rojo, o de cualquier manera determinada. Por lo cual, Sellars no llega a capturar lo fundamental de la relación parecer-phi, que manifiesta las cualidades intrínsecas de una experiencia perceptual. Esto tiene como consecuencia, desde la posición de Alston (2002), que tampoco se llega a comprender el valor cognitivo de los reportes de apariencias.

El concepto fenomenal

Hasta aquí Alston (2002) sigue definiendo “ser-phi” en términos de “parecer-phi”. Y así queda comprometido con defender que aprendemos que algo es rojo en términos de cosas que nos parecen rojas. El autor defiende la autonomía y distintividad de looks-phi diciendo que estas formas deben ser tratadas como unidades semánticas independientes. Esto es lo que tanto Sellars (1956/1997) como Brandom (2015) intentan desechar al plantear que los discursos de apariencia no constituyen juegos de lenguaje autónomos, sino que son producto de la colaboración de nuestras habilidades. Para Alston, el análisis de Sellars sólo tomaba en cuenta un uso comparativo, es decir indirecto o relacional, de looks-talk. Tal uso estaba basado en reportar una experiencia en comparación con —o por alusión a— su correlativo reporte existencial. Pero, de hecho, objeta Alston, el elemento fundamental del esquema es el concepto fenomenal, del cual dependen el resto de los elementos (todos los usos relacionales de looks-talks).

El concepto fenomenal reporta el carácter intrínseco de la presentación de particulares a un sujeto de tal manera que, por medio de éste, llegamos a saber cómo es para ese sujeto que un objeto se vea de un cierto modo. Entonces, ¿cómo llega a ser el concepto fenomenal fundamental para los demás conceptos? Siendo último e inanalizable. Para Alston (2002), identificamos directamente el carácter intrínseco de una cualidad sensorial simple y, aunque no podamos analizarla, tenemos la capacidad de aprender qué es que algo parezca phi y aplicar conceptos a ello. Luego, llegamos a captar el carácter fenomenal intrínseco de una apariencia en virtud de su identificación indirecta con los otros elementos relacionales del esquema, donde prima la participación del uso comparativo además de los usos doxástico y epistémico. El problema es que la misma adquisición del carácter fenomenal, según cómo Alston la desarrolla, es conceptual o inferencial. El autor describe cómo imagina una situación en la que un sujeto no sabe qué es para algo parecer rojo:

Si alguien no sabe qué es para algo parecer rojo (...) debemos usar uno de los otros conceptos para iniciarlo en el juego del lenguaje. Debemos presentarle a ese alguien algunos objetos rojos bajo condiciones normales (habiendo comprobado que su sistema óptico funciona normalmente, si es necesario) y decirle que parecer rojo es parecerse a eso. (Alston, 2002, III)



El punto es que para llegar a saber qué es para algo parecer rojo precisamos de otros conceptos relacionales. Alston (2002), además de admitir la dependencia conceptual de los conceptos relacionales, considera que tal dependencia no es problemática en tanto lo que aprendemos es qué es que algo parezca phi. Pretendo objetar esto.

Si atendemos a la identificación doxástica, epistémica y comparativa de la relación vemos que todos involucran lo que se puede denominar un salto a la inferencialidad. Si los conceptos doxásticos o epistémicos pretenden llevarnos a creer que algo tiene cierta cualidad, o que estamos justificados en juzgar que X es phi, precisamos ser capaces de considerar cuáles circunstancias podrían contradecir nuestra afirmación o reporte, o qué circunstancias ambientales podrían contraindicar nuestra formulación. Esto es algo que Alston (2002) mismo contempla. Por ello, en el uso comparativo deberíamos ser capaces de señalar qué condiciones efectivas hacen de esta experiencia —en esta situación y en este momento particular— un caso de percepción normal o anormal. Estas prácticas lingüísticas y conocimientos complementarios tienen la característica —además de ser claramente inferenciales— de que no pueden darse, por decirlo de alguna manera, en la dimensión de las apariencias. Todas ellas implican una comparación con el mundo real de los objetos externos empíricos. De este modo, parecería restituir la anterioridad conceptual y semántica de ser-phi con respecto a parecer-phi. De hecho, Brandom (2015) parece apuntar en esta misma dirección. En una nota al pie, el autor dedica unas líneas a los usos no comparativos de conceptos observacionales (p. 118). Brandom menciona que estos usos pretenden reportar una propiedad fenomenal distintiva e intrínseca en la impresión inmediata dada a su experiencia que, sin embargo, sólo podríamos captar por su asociación con la palabra que describe la propiedad en el mundo real. La objeción que acabo de presentar sigue esta misma línea de pensamiento y permite, en principio, mostrar que la versión débil de la teoría de las apariencias tal como Alston la caracteriza no supera, como se pretende, el mito de lo dado.

Conclusión

Hay dos sentidos en los que considero que Alston (2002) no supera el mito de lo dado. En primer lugar, no logra dar un argumento convincente sobre cómo los discursos de apariencia se conforman como una unidad

semántica autónoma, distintiva y cognitivamente relevante. En su intento por defender tal autonomía, como repliqué en la sección anterior, recurre a nuestra capacidad de articular inferencialmente contenidos. En segundo lugar, no termina de contrarrestar el punto de partida de la crítica sellariana, aquel que señala que no tenemos razones para suponer que la mera presencia de una clase de particulares privilegiados constituye o funda un hecho epistémico.

Encuentro importante mencionar que los argumentos que se han recuperado en este trabajo forman parte de una posición epistemológica sistemática que Alston (2002) desarrolla. Tal posición defiende la posibilidad del conocimiento inmediato en más de una variedad y utiliza una noción distinta de “estar justificado en creer que las cosas son tal y cual”, a la aquí trabajada. Por ello no considero que esta sea una crítica definitiva, sino un intento por clarificar y criticar nociones que se encuentran en la base de otras epistemologías posibles.

Referencias bibliográficas

- Alston, W. P. (2002). Sellars and the “myth of the given”. *Philosophy and Phenomenological Research*, 65(1), 69-86.
- Brandom, R. B. (2015). *From Empiricism to Expressivism*. Cambridge: Harvard University Press.
- Sellars, W. (1997). Empiricism and philosophy of mind. En R. Brandom y R. Rorty (Eds), *Empiricism and philosophy of mind. Introduction and study guide*. En (pp. 127-196). Cambridge: Harvard University Press. (Trabajo original publicado en 1956)